

La Eterna Cuestión

Pocas veces se presentará una ocasión más apropiada para juzgar el nivel moral de ciertos hombres, que en la próxima elección municipal.

La desgraciada actuación del último Municipio, ha hecho que el público mire con el más profundo desprecio la calidad de regidor. El título de edil ha llegado a ser en Santiago, sinónimo de audaz y desvergonzado. Decir que un individuo es municipal, equivale a prevenir al público en contra suya y autorizar a los inescrupulosos para hacerle cualquier proposición indigna. ¡Se ha abusado tanto del cargo, para obtener aquí una coima, allí un negociado, más allá una gestión administrativa; se ha sacrificado tantas veces el bien público en aras del interés particular, que los pocos elementos que se han mantenido ajenos a estas miserias, no han logrado substraerse a la apreciación del conjunto; Los que no se han sumergido en el fango, por el solo hecho de estar cerca han recibido sus salpicaduras, y de ahí que, mirada desde fuera, la corporación aparezca como un lidazal. Se explica que en tales condiciones, los ciudadanos celosos de su buen nombre, a quienes se ha ofrecido un cargo edilicio, se hayan negado rotundamente a aceptarlo.

Y tienen razón al proceder así. Se necesitaría un optimismo llevado hasta los límites de la inconciencia, para creer que unas cuantas personas dotadas de espíritu cívico, podrían hacer frente a la presión del núcleo de sus colegas, en una corporación en que el Alcalde carece de suficiente autoridad, en que las mayorías no se inspiran, siquiera en el espíritu de partido, sino en la conveniencia y el negocio de los que las forman, y en que la minoría ve frustrados constantemente sus esfuerzos fiscalizadores, porque la fracción más poderosa se niega a dar número para las sesiones.

Este espectáculo lo hemos estado contemplando durante todo el último período. La alcaldía ha tenido que obrar constantemente contemporizando con cada uno de los regidores, aguardando, para dictar un decreto, la resolución de tal o cual edil que amenaza con pasarse a la fracción contraria, y teniendo que volver, a veces, sobre su anterior acuerdo, para mantenerse tristemente en el puesto. Las combinaciones más extrañas se han producido en presencia de cada asunto que afectaba el interés particular de algunos regidores, y muchas veces han transcurrido semanas enteras sin que pueda resolverse una cuestión, porque nadie sabe a punto fijo las posiciones que adoptarían los diversos municipales. Solo una cosa se ha visto siempre clara, en medio de la vorágine edilicia, y es la imposibilidad absoluta de obtener sesiones, cuando cualquiera de los miembros de la corporación ha manifestado deseos de hacer alguna observación sobre la marcha del Municipio.

Con semejante experiencia, no es creíble que haya alguien que pueda sostener de buena fe su propósito de ir a la Municipalidad con la pretensión de enmendar rumbos. Estos ensayos han sido hechos y su fracaso es manifiesto. No persistamos voluntariamente en el engaño.

Dentro del actual estado de cosas, solo pueden resolverse a entrar al Municipio los pícaros o los ~~inmorales~~ inconcientes, ya que este es el único título que puede darse a aquellos cuyo exceso de idealismo ciega hasta el punto de no darse cuenta de la inutilidad de esfuerzos semejantes.

L.